

de Archena (pues sin un par de carenas anuales era hombre perdido), y no volvería hasta el 20. El 12 se presentó Torres con sus ojos de huevos duros impregnados de una dulzura atónita. Era la imagen de la amabilidad, en el supuesto de que le están dando garrote. Su sonreír empalagoso hizo á Rosalía el efecto de un fluido miasmático que se filtraba en ella y la ponía enferma. ¡Y cuán impertinente su nariz chica, y cuán cargante la maña de resobarse la barba, como si quisiera extraer de ella alguna substancia! Aquel hombre guapín, que siempre fué á Rosalía indiferente, parecióle entonces un bonito verdugo que se le presentaba con la cuerda y la hopa.

## XVIII

¡Y que no venía poco apremiante el tal!... ¡Vaya un apunte! Para el día 14 sin falta necesitaba *eso*. Pero sin que pudiera retrasarse ni un día ni una hora, porque su honor estaba comprometido en casa de Mompous; y en caso de que Rosalía no pudiera cumplir, se vería precisado á pedir el dinero á don Francisco.

“Por Dios... no diga usted tal disparate. ¡Jesús!... Usted se ha vuelto loco,„ tartamudeó la de Bringas con temblor y sobresalto.

Volvió á echar sus cuentas por centésima vez. Ni aun vendiendo cosas que no deseaba

vender, podría reunir la suma. La prendera le había traído algunas cantidades; pero parte de ellas las había gastado mi buena señora en comprar cuatro fruslerías para componer á sus niños. Si Milagros le hubiera devuelto aquellos seiscientos reales que le anticipó para pagar al joyero... Pues sí, era preciso que se los devolviera. Se los pediría terminantemente. Si por arte del Demonio, ó más bien por milagro de Su Divina Majestad, tuviera Cándida algún dinero... Cándida le debía cinco duros que Rosalía le prestó para dar la vuelta de un billete de cien escudós. También aquellos extraviados reales debían volver al redil. Haciendo propósitos de energía, fué á ver á la Marquesa. ¡Casualidad funesta! La Marquesa estaba en una función religiosa que costeaba con otras señoras. Era una Novena dedicada á no sé qué santo titular, con Manifiesto, Estación, Rosario, Sermón, Novena, Gozos del Santo, *Santo Dios* y Reserva. Acudió allá Rosalía, deseosa de ver á su amiga aquella misma tarde. La calle estaba llena de coches elegantes. En la iglesia, hecha un ascua de oro, con cortinas de terciopelo del barato, cenefas de papel dorado, candilejas mil, enormes ramilletes de trapo y unos pabellones que parecían de teatro de tercer orden, había tal concurrencia, que era muy difícil penetrar en ella. Rosalía logró abrirse camino por entre el elegante gentío; pero no pudo llegar hasta donde estaba la Marquesa, que se había encaramado en el presbiterio, cerca de los curas. Pasó tiempo, mucho tiempo, durante el cual Rosalía oyó medio sermón pa-

tético, aflautado, un guisote de lugares comunes con salsa de gestos de teatro; oyó cantorios más ó menos gangosos, y, por último, se hizo tan tarde, pero tan tarde, que desesperando ver el fin de la dilatada función, tuvo que marcharse sin hablar con Milagros. La pobre señora era una mártir de los insufribles métodos de su marido, y no podía retrasar su vuelta á la casa, porque si la comida no estaba puesta en la mesa á la hora precisa, don Francisco bufaba y decía cosas muy desagradables, como por ejemplo: "Hijita, me tienes muerto de debilidad. Otra vez avisa, y comeremos solos."

La noche la pasó muy intranquila, y al día siguiente, 13 de Junio, á eso de las doce, cuando se disponía á visitar á su amiga, he aquí que se presenta ésta sobresaltada, manifestando en la expresión de su rostro que algo extraordinario le ocurría; y lo declaraban así, no sólo el descuido plástico del mismo, sino la turbación de la voz y otros síntomas espasmódicos. Rosalía participó de aquel sobresalto cuando le oyó decir:

—¡Ay, amiga de mi alma, en qué conflicto me veo! Si usted no me saca en bien...

—¿Yo?—dijo la Bringas apartándose, pues comprendió que se trataba de un problema monetario como el suyo.—Precisamente viene usted á buena hora... Si usted supiera... Allá iba yo.

—¿A casa?... Le diré á usted lo que sucede para que me tenga lástima, mucha lástima. Mañana tengo baile y cena, una solemnidad de familia, absolutamente indispensable. Ya

he repartido las invitaciones... ¡verá usted qué chasco! Hija, deme usted, por Dios, un vaso de agua, porque no puedo hablar. Tengo algo aquí que me corta la respiración... (*Después de tragar algunos buches de agua.*) Para evitarme quebraderos de cabeza, encargo la cena á Bonelli. Ayer le mando llamar. Creo arreglarlo fácilmente; pero el tal, con todo su descaro, me exige que le he de pagar las tres cenas que se le deben. Yo bien quisiera: figúrese usted si me gustará deber... ¡Ay! créalo usted: mi mariducho tiene la culpa de que vivamos de esta manera... Pero vamos á lo que decía. ¿Qué estaba yo diciendo? No sabe usted cómo está mi cabeza. ¡Ah! En vista de la exigencia de Bonelli, mando llamar esta mañana á Troughín, el de la calle del Arenal, que nunca me ha servido nada: le propongo servirme la cena de mañana, la ajusto, nos convenimos; pero el condenado ¿creerá usted? con muchas cortesías y mucha labia me dice que si no le pago anticipadamente, no hay cena... Esto ya es un insulto. Jamás me ha pasado cosa igual... Le diré á usted... es que los reposteros todos son unos. Sin duda Bonelli fué á prevenir á Troughín y a llevarle el cuento de que yo le debía tres cenas.. Es una conspiración contra mí, un complot... Si bien se mira, no les falta razón, querida; ¿pero yo qué culpa tengo? ¡Ese hombre incapaz, mi maridillo...! Cuanto se diga de él es poco. Es propiamente incalumniabile... He tenido que pagarle ayer una cuenta de su sastre, que se había colgado de la campanilla de la puerta de casa... Con que ya

ve usted mi situación: aconséjeme, indíqueme alguna salida.”

Rosalía, con humildes razones, se declaró incapaz de brujulear á su amiga por aquel laberinto, mayormente cuando ella estaba en un aprieto semejante, y contaba con recobrar aquel día los... aquellos seiscientos reales...

“¡Oh! sí: me acuerdo perfectamente... Anteayer me los eché en el portamonedas para traérselos á usted... dispénsame... pero antes de salir de casa se presentó el cobrador de la Congregación con el recibo de mi cuota para la función de ayer, y... Hija de mi alma, no tuve más remedio que aflojar... Por cierto que ayer la ví á usted en la iglesia, y sentí que no estuviera á mi lado para hacerle observar algunas cosas. La función bonitísima; pero ¿no vió usted cuánto mamarracho? La de Cucúrbitas se fué á la iglesia con aquel estrepitoso vestido color de tabaco, que parece un hábito de la Orden de Estancadas. El uniforme de la casa. La de San Salomó estaba también muy estrepitosa. No he visto en mi vida mayor *pouff*; y aunque dicen que la tendencia de la moda es aumentarlo, creo que la Iglesia pide moderación en esto. Nada quiero decir del bullonado tan estupendo que llevaba... ¿pues y la cola?... En cuanto á mí... ¿usted me miró bien? No se podía pedir más sencillez... Pero vuelvo á mi pleito, querida mía. ¿No me aconseja usted algo? Discurra por mí, pues yo me he vuelto como tonta. Si de aquí á mañana no resuelvo la cuestión, estoy perdida... Crea usted que es para suicidarse.”

Por curiosidad preguntó Rosalía á su amiga lo que necesitaba, y oyéndole decir que unos nueve ó más bien diez mil reales, puso una cara de mal humor que aumentó la tribulación de la ya tan atribulada Milagros.

“¡Ay! qué pocos alientos me da usted... Y para colmo de desdicha, ayer tarde me hizo Eponina un escándalo. Si lo que á mí me pasa no le pasa á nadie... Me ha puesto unas cuentas... de lo más estrepitoso... Por una hechura, ¡dos mil reales! Por avíos de aquella bata, sólo por avíos, ¡mil quinientos!... Es para matarla...”

—¡Diez mil reales! —murmuró Rosalía mirando al suelo y contando las sílabas como si fueran monedas.—Con la quinta parte tendría yo bastante.

—Diga usted, don Francisco...—indicó Milagros con animación, dando á entender que el bendito Bringas debía de tener ahorros.

—¡Cállese usted por Dios! Si mi marido supiera...—replicó la otra aterrorizada.—Estas cosas le sacan de quicio.

—¿Y Cándida?...

—¡Ave María Purísima!

—Podía darse el caso... Olvidé decirle á usted que, empeñando tres ó cuatro cosillas, podré reunir cuatro mil reales. Sólo necesito seis.

—Imposible de toda imposibilidad.

—Ese Torres...—murmuró Milagros con la boca tan seca, que la lengua se le pegaba al paladar.

—¡Jesús! ¡Torres!... ¡qué disparate!...—ex-

clamó Rosalía viendo alzarse ante ella, como una aparición fantástica, la imagen de su acreedor.—No sé si he dicho á usted que mañana antes de las doce... ¡Ay! fué una locura la compra de aquella manteleta. Ya ve usted... ¿qué necesidad tenía yo de estos ahogos?

—Es una bicoca, hija—manifestó la Marquesa con aquel tono y aire de superioridad indulgente que sabía tomar cuando le convenía.—Si salgo de mi conflicto, esa futesa por que usted se apura tanto, corre de mi cuenta. *(Acercándose más á su amiga y oprimiéndole el brazo.)* Don Francisco debe de tener mucho parné guardado, dinero improductivo, onza sobre onza, á estilo de paleta. ¡Qué atraso tan grande! Así está el país como está, porque el capital no circula, porque todo el metálico está en las arcas, sin beneficio para nadie, ni para el que lo posee. Don Francisco es de los que piensan que el dinero debe criar telarañas. En esto su apreciable marido de usted es como los lugareños ricos. ¿Por qué no le propone usted una cosa? Que me preste lo que necesito... se entiende, con el interés debido, y mediante una obligacion formal. ¡Yo no quiero...!

—Dudo yo que Bringas...

—*(Con calor.)* Pues, hija, alguna influencia ha de tener usted sobre él... Pues no faltaba más. ¿Es usted tonta? Con decirle: "hombre, por amor de Dios, ese dinero no nos produce nada." Y duro, duro, para que aprenda. ¿O es que no tenemos carácter...? Yo creí que él le consultaba á usted todo, y se dejaba dominar por quien le gana en inteligencia y gobierno...

A ver, decídase á proponérselo. Lo dicho, dicho: en caso de que nos arreglemos, el piquillo de usted corre de mi cuenta. *(Riendo.)* Lo consideraremos como corretaje.

—Dudo yo que mi marido... ¡Quiá, imposible...!

Pero, aun creyendo imposible lo que se le había ocurrido á su ingeniosa amiga, Rosalía meditaba sobre ello. La misma dificultad insuperable del asunto atraía su espíritu, como los grandes problemas embelesan y fascinan los entendimientos superiores. Durante un rato no se oyó en Gasparini más ruido que los suspiros de la Pipaón y algunas tosecillas de la Marquesa, que no tenía sus bronquios en el mejor estado. Como las dos amigas estaban solas en la casa, pues Bringas no había vuelto de la oficina, ni del colegio los niños, podían hablar con toda libertad de sus cuitas sin hacer misterio de ellas. Volvió la de Tellería á explanar su proposición, robusteciéndola con razones de gran peso (¡oh! ¡el dinero de manos muertas es la causa del atraso de la nación!) y con zalamerías muy cucas; mas la Bringas persistía en considerar la propuesta como una de las cuestiones más arduas y escabrosas que podían ofrecerse á la voluntad humana. Acometerla sólo era como encaramarse á las cimas del heroísmo. En el propio estado seguían las dos cuando se les apareció Cándida, muy risueña y oronda. Venía de ver á Su Majestad y á doña Tula, y después había estado en las cocinas, donde el cocinero jefe se empeñó en hacerle aceptar tres *entrecotes* y un par de perdices.

“Cosas de Galland...”, Era un hombre que no se cansaba de obsequiarla, y por no desairarle, ella había dicho: “Pues que me lo suban á casa.”

“Luego le mandaré á usted una perdiz y dos *entrecotes*—dijo á Rosalía azotándola con su abanico.—No, no me lo agradezca... Si yo no lo he de probar. A mí me sobra carne... Ayer he repartido entre los vecinos un solomillo magnífico que mandé traer de la plaza del Carmen, esperando tener convidados... ¡Si viera usted aquella pobre gente, qué agradecida...! Mi casa es la Beneficencia. El día que yo me mude de aquel cuarto, han de correr por allí muchas lágrimas.”

## XIX

Y luego, llevando sus ideas á un terreno muy distinto del de la caridad, aunque también muy interesante, se dejó decir lo que á la letra se copia:

“¿Me podrán decir ustedes dónde y cómo y de qué manera podría yo colocar un poco de dinero, una cantidad que me sobra?... Que sea cosa segura y con un producto moderado...”

El efecto que estas cláusulas hicieron en las dos amigas, no fué tan grande como debía esperarse. En la cara de Rosalía se pintaba una incredulidad indiferente, que poco después se resolvió en alarma, recordando que el presta-

mo de cinco duros solicitado un mes antes por Cándida, había tenido un preámbulo parecido al que acababa de oír. Milagros, sin tener confianza en lo que la García Grande decía, sospechaba que hubiese algo de verdad en ello, ó lo que es lo mismo, se amparaba á lo absurdo como el desesperado que se agarra al clavo ardiendo.

“¿Pero diga usted, Cándida... ese dinero lo tiene usted?”

—Hija mía, no sea usted material... No lo tengo precisamente en el bolsillo, pero como si lo tuviera... Un día de éstos me lo ha de traer Muñoz y Nones...

—(Con desaliento.) Un día de éstos... ya.

—Y acostumbro pensar las cosas con tiempo... Francamente, no me gusta tener gruesas sumas en casa, porque aun en esta vecindad palaciega hay mala gente...”

Sin dar importancia á los proyectos rentísticos de Cándida, Milagros observaba el vestido. Por aquella época, la ilustre viuda empezaba á declinar ostensiblemente en su porte y en la limpieza y compostura de su vestimenta, si bien no había llegado, ni con mucho, al lastimoso extremo de abandono en que la hemos conocido más tarde.

Los niños entraron del colegio, y Rosalía fué á darles la merienda.

“¡Qué mona está Isabelita!”, dijo Cándida á Milagros; y á poco de decirlo, se dirigió hacia Columnas, dejando sola con su acerba pena á mi señora la Marquesa. Esta oyó el gorjear de los pequeños, la voz de la mamá riñéndoles por

su impaciencia y el chasquido de los besos que Cándida les daba. Al poco rato apareció Rosalía en Gasparini, y Milagros la vió ceñuda y risueña á un tiempo mismo, como cuando no podemos sustraernos á los efectos de uno de esos lances cómicos que suelen ocurrir en las ocasiones más tristes.

“Vea usted qué gracia—dijo Rosalía al oído de su amiga.—Me ha dicho en el comedor, con mucho secreto, que le haga el favor de adelantarle otros cinco duros.”

Milagros se sonrió, como un enfermo que hace esfuerzos por distraerse. Pronto volvió á caer en aquella honda tristeza que la aplanaba como una fiebre consuntiva. Por su mente pasaba el terrible lance de la noche próxima, los convidados que llegaban, los salones llenándose, ella vestida con su gran falda de raso rosa, de enorme *pouff* y larguísima cola, afectando alegría, y el problema de la cena sin resolver aún. Porque en tal noche no podía salir del paso con cuatro frioleras... ¡Qué bochorno! .. Rosalía vió los ojos de su amiga humedecidos por las lágrimas, y quiso consolarla.

“Ese perdulario sin conciencia, esa inutilidad...” fué lo único que se le ocurrió.

Don Francisco entró al poco rato, menos vivaracho y humorístico de lo que solía. Milagros le saludó de la manera más afectuosa, quejándose luego de su desgraciada suerte y de lo inexorable que Dios era con ella, no dándole más que penas sobre penas. Bringas la confortaba con razones cristianas, aunque le tenía cierta ojeriza, ya inveterada, por no ha-

ber recibido de ella el regalo de Pascua que creyera merecer cuando le compuso la arqueta de marfil. Pero casi casi había llegado mi amigo al perdón de la ofensa, aunque sin olvidarla; y si se ha de decir verdad, no le agradaban mucho las intimidades de su mujer con aquella señora, aun considerándolas puramente circunscriptas á lo concerniente al ramo de vestidos.

“¿No tendré el gusto de verle á usted mañana en mi casa?,” dijo la Marquesa.

Don Francisco se excusó con galantería, apretándose á poner las manos en su magna obra. Empezaba á notar que le eran perjudiciales las salidas de noche... Su cabeza no estaba buena. El lo atribuía á los nervios, y quizás fuese efecto del tiempo, del nublado, pues parecía como si quisiera desgajarse el cielo en agua, y nunca acababa de romper. Aquella mañana se había sentido muy mal en la oficina... El jefe opinaba que todo era cosa del estómago, recomendándole una pildorita de acsbar en cada comida. Pero él era tan poco amigo de las botiquerías, que no se determinaba á tomar nada... Por esta desazón se privaba de asistir á la *soirée* de Milagros, y se contentaría con leer la relación que trajeran los periódicos.

“Todavía, todavía—dijo la cuitada con lúgubre tristeza,—no sé, no sé... Quizás no haya nada... Me pasan cosas horrorosas... No me pregunte usted. Eso se queda para mí, para mí sola. Permítame usted que no diga una palabra más. Mi buen maridito es una alhaja... pero no me corresponde á mí contar sus proe-

zas... Demasiado públicas son, por desgracia... No se ría usted de mí si me ve llorar. Ciertas cosas..."

Bringas no sabía qué decirle. Despidióse ella con un fuerte apretón de manos y un afectuoso *Hasta mañana*.

En la sala y en el pasillo las dos amigas se secretaron un ratito.

"He preparado el terreno—dijo Milagros con agonía.—Ahora aventúrese usted... sin miedo. De seguro..."

—¡Ay! hija mía, usted delira, usted sueña despierta. Si sabré yo...

—Entonces... quiere decir que no hay solución para mí,—murmuró la afligida señora abrazando á su amiga y apretándose contra ella."

Rosalía, conmovidísima, no le dijo nada.

"Al menos—tartamudeó la Marquesa,—cuéntele usted lo que me pasa... Puede ser que Dios le toque al corazón.

—Se lo contaré en cuanto se vaya Cándida. ¡Pero si viera usted qué pocas esperanzas tengo!... mejor dicho, no tengo ninguna... ¡Y yo! ¿y yo, que me veo en un conflicto igual? ¿Qué inventaré yo de aquí á mañana?... Y ahora que me ocurre, ¿por qué no acude usted á su hermana?

—Por Dios, hija, no sé cómo dice usted eso. ¡Mi hermana!... ¡Me ha salvado ya tantas veces! ¡He abusado tanto!... No puede ser. No nos hablamos ahora. Hace días tuvimos una cuestión. En fin, antes que acudir á mi hermana, iré á Su Majestad, me echaré á sus pies...

—Sí, sí: seguramente... es lo mejor.

—No, no, no... Creo que de aquí á mañana me moriré de dolor. ¿Está abierta la capilla? Voy á rezar un rato, á ver si el Señor me ilumina... Adiós, adiós... Volveré mañana á ver, á ver si hay alguna esperanza."

El abatido rostro de Rosalía revelaba bien que tal esperanza no era más que un sueño de aquella mente arbitrista. Debe hacerse constar que la pena de nuestra muy alta señora de Bringas era motivada por sus propias dificultades, no por las de su apreciable amiga. Confaba tanto en las peregrinas dotes de Milagros, que decía para sí: "No sé cómo será, pero ella saldrá del paso." Cuando la Marquesa le dió el último apretón de manos, Rosalía le dijo: "Ya me contará usted mañana cómo lo ha arreglado."

Y cuando fué hacia el nicho de Bringas para contarle el caso, él le tomó la delantera con estas acerbias palabras:

"¿Qué enredos trae ahora la Tellería? Lo de siempre, apuritos. Ya no hay incautos que fien á esa gente el valor de dos reales. La casta de bobos se va acabando á fuerza de recibir chascos."

La boca de Rosalía tenía un sello. No osaba pronunciar una sola palabra. Clavados en su mente como un *Inri* tenía la imagen de Torres y los funestos guarismos de la suma que era indispensable pagarle. Confesar á su marido el aprieto en que se veía, era declarar una serie de atentados clandestinos contra la economía doméstica, que era la segunda religión

de Bringas. Pero si Dios no le deparaba una solución, érale forzoso apechugar con aquel doloroso remedio de confesarse y con sus consecuencias, que debían de ser muy malas. No, Cristo Padre: era preciso inventar algo, buscar, revolver medio mundo, ahondar en las entrañas obscurísimas del problema para dar con la clave de él. Antes que vender al economista el secreto de sus compras, que eran tal vez el principal hechizo de su vida sosa y rutinaria, optaba por hacer el sacrificio de sus galas, por arrancarse aquellos pedazos de su corazón, que se manifestaban en el mundo real en forma de telas, encajes y cintas, y arrojarlos á la voracidad de la prendera para que se los vendiese por poco más de nada. Heroísmo hacía falta, no lágrimas.

Pensando en esto, retiróse al Camón para pensar mejor, pues allí tenían siempre sus ideas más claridad. Cándida, después de enterar un rato con los niños, fué á dar conversación á Bringas. Rosalía la oía desde su taller, sin distinguir más palabras que *administrador y papel del Estado... consolidado... revolución... Generales Canarias... Montpensier... Dios nos asista...* Hablaban de negocios altos y de política baja. De repente, la dama oyó violentísimo estrépito, como de un mueble que viene á tierra y de loza que se rompe. Al fuerte golpe siguió un grito de Bringas, mas tan agudo y doloroso, que Rosalía se quedó sin aliento, fría, parada... ¿Qué era? ¿Se había caído la bóveda y cogido debajo al mejor de los maridos?

## XX

Pasado el breve estupor que tan insólitos ruidos le produjeron, Rosalía corrió hacia Gasparini, y allí, ¡Santo Dios! vió un espectáculo incomprendible. Bringas estaba en medio de la habitación, el rostro descompuesto de una palidez aterradora, las manos crispadas, los ojos muy abiertos, muy abiertos... Un mueblecillo, que al lado de la mesa tenía con el cacharro de goma laca y la lamparilla de alcohol para calentarla, había caído empujado por el artista cuando éste se levantó atropelladamente de su sillón. El espíritu derramado ardía sobre la alfombra con vagorosa llama. Cándida se ocupaba con presteza en apagarlo, pisándolo, para lo cual tuvo que alzarse las faldas hasta muy cerca de la rodilla. Daba saltos y acudía con el peso de su pie á donde la llama era más viva; mas como también corría por el suelo la goma laca líquida y caliente, que es substancia muy pegajosa, las suelas del calzado de la respetable señora se adherían tan fuertemente al piso, que no podía, sin un mediano esfuerzo, levantarlas.

Rosalía fué derecha á su marido, el cual, sintiéndola cerca, se agarró á ella con ansiedad convulsiva; y volviendo á todos lados sus ojos, parecía buscar algo que se le escapaba. Su

rostro expresaba terror tan vivo, que su mujer no recordaba haber visto en él nada semejante.

“¿Qué?...” fué lo único que ella, en su consternación, pudo decir.

Bringas se frotó los ojos, los volvió á abrir, y moviendo mucho los párpados, como los poetas cuando leen sus versos, exclamó con acento que desgarraba:

“¡No veo!... ¡no veo!”

Rosalía no pudo añadir nada: tal era su espanto. La de García Grande, que había logrado dominar el fuego, aunque no evitar completamente la adherencia de sus botas al piso, acudió al lastimoso grupo..

“Eso no será nada,—dijo observando aquel extraño mirar de don Francisco.

—¿En dónde está la ventana, la ventana?... —gimió el infeliz en la mayor desesperación.

—Ahí, ahí, ¿no la ves?...—gritó Rosalía, volviéndole hacia la luz.

—No, no la veo, no te veo, no veo nada... Obscuridad completa, absoluta... Todo negro...

—¡Ay! ese maldito trabajo... Bien te lo dije, bien te lo decían todos... Pero eso pasará...”

Rosalía estaba más muerta que viva... No le ocurría nada... La pena la ahogaba. Cándida, procediendo con más calma, empezó á tomar disposiciones.

“Sentémosle en el sofá... Ahora convendría llamar al médico...”

Le acercaron al sofá, y en él se desplomó el enfermo con desesperación, como si se dejara

caer en su ataúd. Palpaba los objetos, palpaba á su mujer, que ni un punto se separó de él.

“Bien te lo decíamos—repitió, ahogándose en lágrimas y disimulando el desentono de la voz.—Esa condenada obra de pelo... trabajado todo el día... Si notabas cansancio de la vista, ¿para qué seguir?”

—Mis hijos, ¿dónde están?—murmuró Bringas..”

Junto á la puerta estaban Isabelita y Alfonso, aterrados, mudos, sin atreverse á dar un paso, el pequeño con el pan de la merienda en la mano, masticándolo lentamente, la niña seria, con las manos á la espalda, mirando el triste grupo de sus padres consternados. Rosalía les mandó acercarse. Bringas les palpó, dióles mil besos, lamentándose de no poderles ver, y augurando que ya no les vería nunca. Más lágrimas derramó el pobrecito en aquel cuarto de hora que en toda su vida anterior; y la Pipaón, considerando aquella súbita desgracia que Dios le enviaba, la conceptuó castigo de las faltas que había cometido. Fué preciso al fin sacar de allí á los pequeñuelos. Prudencia se encargó de retenerles en la Furriela y de no dejarles pasar. Inspiraba cuidado Isabelita por el temor de que la fuerte impresión recibida le produjese un trastorno espasmódico más grave que los anteriores. Entre tanto, la señora de García Grande, más obsequiosa y servicial con los amigos en las ocasiones críticas, se desvivía por ser útil.

“Yo misma iré en busca del médico. Verán ustedes cómo nos dice que esto no es nada. Yo

tuve una cosa semejante cuando aprendí el punto de Flandes. Sentí de repente una perturbación rarísima en la vista; luego empecé á ver los objetos partidos por la mitad. Todo paró en un fuerte dolor de cabeza. Jaqueca oftálmica llaman á eso. Recuerdo haber oído decir á mi médico que en algunos casos se pierde completamente la vista por unas horas, por un día... Serénese usted, mi amigo don Francisco, y tómese un vasito de agua con un poco de vino. Pronto vuelvo..”

Salió diligente, con ganas sinceras de servir, y no hallando al médico que vivía en la casa, fué á buscar al de guardia. Mientras estuvieron solos, Bringas y su mujer apenas hablaron. Ella no cesaba de mirarle, con la esperanza de que, cuando menos se pensase, recobrarán aquellos ojos atónitos el don preciosísimo para que fueron criados; él empezaba á ejercitar el sentido peculiar de los ciegos, el tacto, y la veía con las manos, ya estrechando las de ella, ya palpándola cariñosa y detenidamente. Alguna palabra suelta, suspiros y lamentaciones del pobre enfermo, eran la única expresión verbal de aquella triste escena, más elocuente cuanto más callada.

El médico vino al fin. Cándida no quiso dejarle de la mano hasta entrar con él en la casa. Era un viejo afable, de la escuela antigua, excelente diagnosticador, tímido para prescribir, y, según se decía, poco afortunado. Enterándose de los antecedentes del caso, calificó el mal de *congestión retiniana*.

“De la retina—apoyó Cándida.—Eso pasa.

Pronto recobrará la vista; pero ese trabajo de los pelos, amiguito, delo usted por terminado.

—Si yo lo decía, si yo lo anunciaba—exclamó briosamente la Bringas, reanimada con las esperanzas que daba el médico.—¿Y ahora...?”

El doctor prescribió reposo absoluto, dieta, y para el día próximo, un derivativo. Ordenó también un vendaje negro, un calmante ligero para en caso de insomnio, y ofreció venir temprano á la mañana siguiente para examinar con detención los ojos del enfermo. Era ya tarde, y la última luz solar se retiraba lúgubremente de la habitación. Cuando el bondadoso anciano se retiró, Bringas y su mujer estaban más animados.

“Nada, hijos míos, no hay que apurarse—les dijo Cándida, cuya útil oficiosidad á entrambos servía de gran consuelo.—Ahora acostarse... y dormir si se puede... Nada de miedo, ni de pensar en lo que no ha de ser. Serenidad y un poquito de paciencia. Es cuestión de horas ó de un par de días todo lo más. Yo me encargo de traer las medicinas y cuanto haga falta. Les acompañaré también toda la noche, si fuere preciso...”

Cuando la servicial señora volvió de la botica, ya Rosalía había acostado á su marido, después de vendarle con un gran pedazo de tafetán negro. Como todo ciego incipiente, Bringas afectaba no necesitar de extraña ayuda para desnudarse; y conociendo la tribulación de su mujer, tenía el heroísmo de reanimarla con expresiones cariñosas, como si él fuera el sano y ella la enferma.

“Probablemente, esto pasará... Pero es cargante. Ni en broma me gusta esto de no ver. Tranquilízate, que yo lo llevaré con paciencia, y casi casi principio ya á acostumbrarme... Me alegraré mucho de no tener que llamar á un oculista, pues éstos, aunque curen, siempre cuestan un ojo de la cara.”

Pasó la noche sin suceso alguno notable: Bringas harto inquieto, con agudísimo dolor cefalálgico y en los ojos; Rosalía en vela, compartiendo su cuidado y vigilancia entre el marido ciego y la niña epiléptica, que fué acometida de pesadillas más alarmantes que las de ordinario, pues las escenas de aquella tarde la excitaron vivísimamente. Por dicha de todos, Candidita acompañó á su atribulada amiga la noche entera, consolándola con su sola presencia y prestándole auxilios muy eficaces. Era muy propia para casos tales, y sabía mil cosillas útiles de medicina doméstica. A lo más difícil encontraba pronta solución; jamás se acobardaba, ni sus baqueteados huesos conocían el cansancio.

Al alba, poco más ó menos, Rosalía, vencida del sueño, se adormeció en un sillón frente al lecho conyugal, donde el bueno de Thiers reposaba, aletargado ya; y lo mismo fué caer la señora en aquella modorra, que empezar á ver al Torres y su barba y nariz famosas. También se ofreció á su vista la suma, que corría pieza tras pieza, desarrollando sus unidades en dilatado espacio, y vió la apremiante hora de aquel día, que despuntaba amenazador... Recobróse la infeliz súbitamente abriendo los ojos. Creyó

haber oído un ¡ay! de Bringas; pero debió de ser ilusión suya, pues el santo varón parecía muy tranquilo, y su mesurado aliento indicaba que al fin se había dormido de veras.

“¡Torres... el dinero! — pensó Rosalía sacudiendo la cabeza para ahuyentar aquella idea, como si ésta fuera un moscón que se le posara en la frente. — ¡Y en qué circunstancias, Dios mío!...”

## XXI

Pero casi al mismo tiempo que tal decía, vino rápidamente al pensamiento, como esos rayos celestes de que nos habla el misticismo, una idea salvadora, una solución fácil, eficazísima, derivada ¡oh rarezas de la vida! de la misma situación aflictiva en que la familia se encontraba. ¡Qué cosas hace Dios! El se sabrá por qué las hace.

Levantóse del sillón quedamente y con mucha pausa para no despertar al enfermo. Ya sabía lo que tenía que hacer. La cosa era clara y fácil. Lo que no pudo hacerse el día anterior, se haría en aquél tan funesto. Había pensado ella varias veces en los candelabros de plata; pero ¿cómo empeñarlos sin que don Francisco, hombre de tan buen ojo, se enterase?... ¡Ya podía ser, ya podía ser!... Ella tendría buen cuidado de reponerlos en su sitio, juntando muy pronto el dinero preciso para el desempe-